

¿Pero no será todo esto una mascarada? ¿Será cierto que la elección de Presidente supone una verdadera alternativa política? O se tratará de movimientos superficiales encaminados a afianzar el sistema? ¿No están prefigurados los resultados por una serie de mecanismos que orientan la opinión pública de acuerdo con los intereses de los poderosos?

A nuestro Cánovas del Castillo le parecía que un verdadero sufragio universal acabaría por traer el socialismo, dado que el voto de los más pobres provocaría el reajuste del nivel económico y la desaparición de las grandes diferencias. En USA, donde millones de negros, de portorriqueños y de chicanos viven aún en verdaderos «ghettos», no parece que la profecía de Cánovas pueda cumplirse. Justamente ha ganado por amplia mayoría, apoyado por muchos sindicatos, el Presidente que frena los presupuestos de educación y los destinados a mejorar la condición social de los más pobres.

¿Tendrán razón los que, como Julian Beck, predicán la abstención? ¿Será ese un modo de «no hacer el juego» a un sistema que no logra resolver, en el orden nacional e internacional, el problema de su violencia? Pero, se quiera o no, la alternativa era Nixon o McGovern, y una serie de soluciones concretas e inmediatas estaban ligadas al desenlace de las elecciones. ¿Quiénes han perdido la vida al ganar Nixon? ¿Quiénes la hubieran perdido de ganar McGovern?

La alienación de los sectores segregados —cómo se entienden desde aquí la soledad y la desesperación de los líderes del Black Power!—, la ignorancia que millones de norteamericanos tienen acerca de la proyección internacional de su política, el alto nivel general de consumo, la conciencia mitológica de pertenecer al país más poderoso y más libre de la Tierra, el nacionalismo de las clases populares, crean una dinámica contra la que no parece que la abstención tenga sentido.

Por lo demás, los caminos de la abstención están llenos de peligros. Porque parece que debe ser bastante fácil pasar de la abstención activa del gran director del Living a esa marginación, auxiliada por la droga, llena de falsa poesía, en que se han metido tantos muchachos que declaran perdida la lucha antes de iniciarla. ¿Será esa una forma de votar? Es, en todo caso, una de las alternativas vivenciales con que responde una parte de la sociedad norteamericana. El problema quizá estaría en saber si nos hallamos ante una manifestación exasperada de cansancio, ante una corrección anárquica de tanto aburrimiento, tanta impotencia, tanto dogma y tanta injusticia universal, o si se trata de simple infantilismo.

¿Pero quién se atreve a la menor generalización en este terreno?

En todo caso, la era Nixon-Agnew continúa, aunque en este martes de noviembre la ciudad de Nueva York se haya pronunciado por McGovern.

Al pueblo pido licencia,
al pueblo pido atención;
pues quiero glosar en verso,
lo que exige la ocasión;
que es hoy el verso muy propio
del periodismo español.
Viene el otoño rimado
y no parece sino
que se haya hecho la métrica
ciencia de la Información.
Hoy Violante señorea
la prensa de la nación,
con endechas y sonetos
y coplas de relumbrón.
Un político en las Cortes
a don Gerardo citó.

Y «el genial pintor», en verso,
agradece un galardón.
Y si tal cosa sucede,
decídme, ¿qué he de hacer yo?

A Sexto Cámara quiero
dedicar mi inspiración,
pues qué buenos pareados
Sixto a mí me dedicó.
Y aquí comienza la copla
que les trae un servidor:
Sabrá el ilustre Senado,
que ha poco, en la Redacción,
se recibió una tarjeta
de elegante confección.

Así decía el aviso:
«El señor embajador
de los Estados Unidos
tiene el gusto y el honor,
pleasure and honor, decía,
de invitar al portador
a asistir el martes siete
al party de la elección».

Una fiesta tan lucida
no la quiero perder, no,
y a las doce de la noche
por la puerta entraba yo.
Del céntrico hotel brillaba
como un ascua el gran salón,
con guirnaldas y banderas
adornado en la ocasión,
que siempre se presentaron
los USA en tecnicolor.
En el centro de la sala
tocaba un cojunto «pop».
La prensa del otro día
hacia una estimación:
más de siete mil personas
pasaron por el salón,
y del personal que había
(esto lo calculé yo),
la mitad era americano,
y la otra mitad, español.
Instalan en el vestíbulo
urnas de consolar.
Por una vez en la vida

silla de pista

ROMANCE DEL «PARTY» DE LA ELECCION

vota el sufrido español.
Pero no sirve de nada,
porque no va en serio, no.
Bien clara está la tendencia,
y la tendencia es que no.
Que aquí, por tender, se tiende
casi siempre a lo peor.
América vota a Richard,
España a George votó,
si puede llamarse España
lo que había en el salón.
Dice un «progre», «Yo no voto
a ninguno de los dos»,
y un demócrata cristiano
de este modo replicó:
«De los dos, al menos malo,
ese es el que elijo yo».
Pero ¡un señor que allí estaba
la conducta le afeó:
«Elija usted una corriente,
pero un candidato, no.
La corriente es lo que corre,
como bien dijo Girón».
Acertó a pasar un ultra,
y de esta manera habló:
«Un no al partido político
y otro no a la asociación».
Pero un hombre ponderado
a todos les corrigió:
«No seamos saduceos,
señores; ni sí ni no.
Ni afirméis ni neguéis nada,
que ese es el mayor error:
pues cosa es del padre Astete
y del Evangelio, no».
Como viles Pulgarcitos,
de un golpe les derribó.
En menos que canta un gallo,
a todos les devoró.
Cuanto a los americanos,

dos grupos en el salón.
El «ABC», al otro día,
de este modo lo expresó:
«Hubo el elemento mugre
y el elemento señor;
junto al torpe desaliño,
el abrigo de visión».
En uno y en otro bando
vi «desaliño» y «visión».
Si el «desaliño» se integra,
no hay peor integración.
Una señorita rubia
apunta en el pizarrón
los votos de los Estados
según llegan al salón.
En las filas liberales
reina gran consternación
viendo al hombre de Dakota
derrotado por K. O.
Algún «progre» está optimista
(no sé bien por qué razón).
Conforme avanza la noche
va apretando la calor.
Se consume whisky a chorros
y también vino español.
Las glamorous muchachitas
aplauden al vencedor.
La gente busca una silla,
se sienta en el escalón.
Se apresura el camarero,
mariposea el ligón,
el periodista se afana,
sonríe el embajador.
A las tres de la mañana
cesa la música «rock».
Entra cantando la Tuna
(no podía faltar, no).
La fiesta ya languidece,
muchacha gente se marchó,
una señora bosteza,
duerme un chico en un rincón.
Aplastante es la victoria
y ya no tiene emoción.
Se ven grupos de borrachos
celebrando la ocasión.
Se marchan los liberales
a esperar tiempo mejor.
Quedaba algún masoquista
delante del pizarrón.
Y aquí termina, señores,
este romance tenor.
¡Mucho para un solo día
la suerte nos deparó!
El «fin» del pluriformismo
y el voto conservador.
La conclusión es bien clara
y aquí está la conclusión:
que llovió sobre mojado
la noche de la elección.

LUIS CARANDELL

